

La Misión de la Mochila de George Clooney

Por Alejandro Ruiz Balza

Muchos filmes cuentan historias laterales al relato central que a veces suscitan denotaciones, connotaciones, relaciones, etc. En el presente artículo compartimos uno de esos momentos de modestas analogías distraídas.

En el film “**Up in the air**”, el actor estadounidense **George Clooney** encarna a **Ryan Bingham**, un experto en desvinculaciones de personal corporativo, cuya vida laboral se ve amenazada por un “avance” tecnológico que le impedirá continuar viajando en avión justo cuando está a punto de conseguir su máximo objetivo: llegar a los diez millones de millas de viajero frecuente. En paralelo se relata la historia de amor con “la mujer viajero frecuente de sus sueños”, los preparativos para la boda de su hermana y una serie de conferencias de motivación que brinda en sus distintos destinos. Son estas conferencias sobre motivación las que concitan nuestra atención.

En la primera escena en la que se muestra el primer fragmento de las mismas, antes de los primeros diez minutos de la película, **Ryan Bingham** sorprende a su auditorio con el siguiente parlamento:

“¿Cuál es el peso de sus vidas? Imagínense por un segundo que cargan una mochila. Quiero que sientan las tiras en sus hombros. ¿Las sienten? Quiero que la llenen con todas las cosas que tiene en su vida, hasta las más pequeñas. Collares, relojes, cepillos, electrónicos. Sientan el peso que eso añade.

Añadan otras cosas. Ropa, electrodomésticos, lámparas, TV, refrigerador. Esa mochila se hace más pesada, pero crece. Su casa, ya sea con estudio o solo un departamento con dos habitaciones.

Quiero que metan todo eso en la mochila. Ahora, traten de caminar. Es difícil ¿cierto?

Eso es lo que hacemos diariamente con nosotros, nos cargamos de tanto peso hasta que no nos podemos mover y, no se equivoquen, moverse es vivir.

Ahora voy a incendiar esa mochila, ¿Qué sacarían? ¿Fotos? Fotos de personas que no recuerdan. ¡Al diablo con las fotos, que se quemen! De hecho, dejen que se queme todo e imagínense que se despiertan mañana con nada. Es algo traumático, ¿no es así?”.

Treinta y cinco minutos de filme más tarde, el auditorio cambia pero se arriba al parlamento de cierre de la charla:

“Tengo una mochila nueva. Esta vez quiero que la llenen con gente. Empiecen con sus encuentros casuales, amigos de sus amigos, compañeros de la oficina, etc. Y luego pasen a la gente a la que le confían sus secretos más profundos. Sus primos, sus tías, hermanos, hermanas, sus padres y, finalmente, sus esposas/sos, sus enamoradas/dos. Metan a todos ellos en esa mochila.

No se preocupen, no les pediré que los prendan fuego. Sientan el peso de esa mochila. No se equivoquen, sus relaciones son los componentes más pesados de sus vidas. ¿Sienten las tiras de la mochila colgando de sus hombros? ¿Todas esas negociaciones, argumentos, secretos y compromisos? Tienen que deshacerse de todo ese peso. Pónganse esa mochila. Pónganse esa mochila.

Algunos animales se cuidan mutuamente. Viven simbióticamente durante toda su vida. Empiezan con las madres. Nosotros no somos ese tipo de animales. Mientras más lento nos movemos, más rápido morimos. No somos gusanos, somos tiburones”.

En otro recordado largometraje, “**La Misión**” filme que relata la travesía del **Sacerdote Jesuita Gabriel** (encarnado por el actor **Jeremy Irons**) quién en medio de la selva tropical que se extiende justo encima de las cataratas del Iguazú, a donde llega pertrechado con su fe y una flauta, y su relación con un antiguo asesino, traficante de esclavos y mercenario, **Rodrigo Mendoza** (encarnado por **Robert de Niro**), durante la fundación de la Misión de San Carlos, en el siglo XVIII.

Tras la conocida escena en la que **Rodrigo Mendoza** escala las cataratas cargando una rudimentaria mochila en la que lleva con sus pertenencias: candelabros, armaduras, espadas, etc., agotado en la cima y cuando intenta dirigirse a la Misión, uno de los guaraníes se acerca a **Mendoza** con un machete y le corta la carga. Inmediatamente el personaje encarnado por **De Niro** tiene una conmovedora epifanía.

Una escena más tarde, se produce el siguiente dialogo entre los dos personajes centrales:

Rodrigo Mendoza(R.M.): Padre, le agradezco que me haya acogido acá.

Sacerdote Jesuita Gabriel (S.J.G.): Agradecédselo a los guaraníes.

R.M.: ¿Cómo?

S.J.G.: Leed esto.

R. M. (leyendo): “Si tuviese toda la fe hasta trasladar montañas mas no tuviera caridad, nada soy. Y si repartiese toda mi hacienda para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado mas no tuviese caridad, de nada me sirve. La caridad es sufrida, es benigna, la caridad no tiene celos, la caridad no se pavonea, no se ufana. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, jugaba como niño. Más cuando yo fui hombre hecho dejé lo que era de niño. Y ahora permanecen la esperanza, la fe y la caridad. Estas tres. Mas la mayor de ellas es la caridad”.

Películas más palabras menos, atravesamos un momento de la humanidad en el que predomina la invitación al inmóvil frenesí del movimiento como medio y como fin, en el que permanentemente se confunden transmisión de información con comunicarse, conocimiento enlatado con docencia, acumulación de certezas con pensar, etc.

En un mundo tan volátil, fluido y demandante de individuación probablemente no sería en vano plantearnos el desafío de ejercitarnos espiritualmente, reemplazando en nuestra carta de navegación los puntos cardinales por signos de admiración e interrogación que nos faciliten dar múltiples respuestas a preguntas que cargamos y descargamos en nuestras mochilas aún intentando desoirlos: *¿de dónde vengo? ¿a dónde voy? ¿qué puedo hacer? y ¿qué debo esperar?*.

Y finalmente volver a las invitaciones clásicas y aparentemente simples del Oráculo de Delfos: *Conócete a ti mismo* (Fernando Pessoa reescribía: des-res-cónocete a ti mismo), de San Agustín de Hippona: *Que me conozca a mí y te conozca a ti*, y de Immanuel Kant: *Atrévete a Saber!*